

## LA FONOLOGÍA SUPRASEGMENTAL Y OTRAS PARTICULARIDADES DEL BANIVA DE MAROA, IDIOMA TONAL ARAWAK DEL RÍO NEGRO, VENEZUELA

Esteban Emilio Mosonyi  
Universidad Central de Venezuela

Dada nuestra defensa irrestricta de la *sociodiversidad* —y de sus componentes, la diversidad cultural y lingüística— hemos sido extremadamente críticos frente a planteamientos como la inevitabilidad e irreversibilidad de la llamada “muerte lingüística” (language death) a partir de Nancy Dorian en adelante (1981). He sido muy cauteloso a la hora de lanzar una afirmación tan contundente. Me consta que ni esta autora ni otros que siguen sus lineamientos se pronuncian abiertamente a favor de la desaparición de los idiomas vulnerables del mundo. Me parece mucho más llamativo su modo impasible de hacer el diagnóstico correspondiente, sin asumir posición alguna ni sentirse tentados a formular una crítica siquiera tímida frente a la expansión, casi lineal, de las lenguas dominantes: ello se aprecia con bastante transparencia en el caso de Dorian ante la imposición del inglés sobre el gaélico. Parecieran sentirse a gusto en su papel de albaceas del fenómeno en cuestión. Debemos aquí conformarnos con una cita breve pero característica:

Such a shift is an aspect of sociocultural change, intimately linked to phenomena like urbanization, industrialization, and secularization, though —interestingly— not predictable from any of them. Increasingly, studies of linguistic persistence or replacement have focused on contexts of modernization and nationalization (Dorian, 1981: 4).

Nadie ignora que los idiomas minoritarios y minorizados —es decir, no tan minoritarios pero sí tratados con discriminación y cierto desprecio— son vulnerables y de hecho dejan de practicarse, con frecuencia acelerada, en sus respectivas comunidades. Lo que no quiero asumir es ver este fenómeno como algo natural y tal vez benéfico, ya que para mí y por fortuna para muchos, el valor irremplazable de una lengua —tanto intrínseco como extrínseco, vale decir, expresivo y comunicativo— constituye un dato axiomático.

Ahora bien, si no puedo pensar en la extinción de una cultura sino como un caso de etnocidio, tampoco admito que la supresión de una lengua sea algo distinto de un lingüicidio, y como tal enormemente perverso; sobre todo, dada la frecuencia sin precedentes con que se viene dando el fenómeno bajo el manto de una globalización aplastante. Uno no puede ser conservacionista en lo ambiental y homogeneizante en

lo humano, sin presentar grandes contradicciones y fisuras en su personalidad. Igualmente, aceptar de manera aparentemente pasiva la supuesta fatalidad que va corroyendo los idiomas oprimidos es muestra —si no de irresponsabilidad y cinismo— de un cientificismo que sacrifica toda posición ética y política en aras de conocer y describir un determinado “objeto” de estudio. Involucra también cierto menosprecio hacia la creatividad y el conocimiento en cualquiera de sus formas, ya que todas pasan por el lenguaje, es decir, las lenguas del mundo.

Además, frente a los representantes connotados de esta línea de investigación, aquellos que apuestan a la inevitabilidad del “language death”, sostengo que el proceso de erosión lingüística no es en modo alguno indetenible, salvo quizá en su fase final, y aun allí caben algunas alternativas de acción. Piénsese por ejemplo en los esfuerzos, si bien a menudo asistemáticos, que despliegan los movimientos y comunidades indígenas por conservar de manera dinámica su lengua y cultura, sin desligarse del contexto mundial contemporáneo.

Sin embargo, mi condición de activista de los derechos lingüísticos y humanos en general no me ciega ante el hecho de que en la práctica estas lenguas, honrando excepciones, no solamente pierden fuerza sino que en su interior sufren procesos desestructurantes y desintegradores —bajo la presión de bilingüismos y multilingüismos orientados hacia la transición a los idiomas más poderosos— que las van empobreciendo y deteriorando gradualmente o incluso con cierta violencia. En tal sentido, sí es preciso reconocerles méritos a los investigadores mencionados, ya que ellos han diseñado esquemas descriptivos que diagnostican a cabalidad los fenómenos concretos que ocurren cuando una lengua comienza a dejar de utilizarse, ante todo en las generaciones jóvenes.

Una experiencia de esta naturaleza me ha ocurrido con el idioma arawak baniva del Río Negro, también conocido en el Río Xié con el nombre de warekena o werekena, muy diferente por cierto del warekena hablado en Guzmán Blanco, estado Amazonas, Venezuela, estudiado y vivencialmente asumido por el lingüista venezolano Omar González Nájuez (1997). En otros términos, el baniva del Río Negro —estudiado por nosotros— forma un sistema lingüístico o idioma único junto con el warekena o werekena hablado en el Xié, Brasil; vale decir, son dos variantes de una misma lengua. En cambio, el llamado warekena de Guzmán Blanco es bien diferente aunque pertenece a la misma familia (arawak); la distancia puede ser como la que media entre el lituano y el ruso.

Tengo que confesar que no poseo datos de primera mano sobre la variedad baniva del Río Xié, si bien percibo —por los importantes trabajos de Alexandra Aikhenvald— que la diferencia es mínima, casi desestimable (cf. Aikhenvald, 1998). He permanecido en contacto con este baniva —no con el baniva-kurripako de Colombia (cf. Gómez-Imbert, 1996: 458 y ss)— desde los años sesenta (cf. Mosonyi, 1968a y b), aun cuando durante la mayor parte de este período no pude, lamentablemente, dedicarme a su estudio detallado y menos aún a su revitalización.

En efecto, el retroceso del baniva de Maroa empezó en la primera mitad del siglo XX, por motivo de la aculturación rápida e impetuosa de sus hablantes (cf. Mosonyi y Mosonyi, 2000: 184), mas también a consecuencia de una fuerte presión procedente de la escuela castellanizante, las instituciones de la República y la población criolla en general. El epicentro de esta etnia es el pueblo de Maroa, que ni siquiera en sus mejores días pudo llegar a los mil habitantes, pero que inclusive en el momento de la visita del sabio Humboldt (1950 [1799], IV: 202) presentaba ya ciertos visos de urbanización y un alto grado de aculturación: en el siglo XIX llegó inclusive a poseer una imprenta. Actualmente podría hablarse más bien de una suerte de vuelta a la ruralidad, pues en el presente su población está emigrando a Puerto Ayacucho y otras ciudades, aparentemente por falta de viabilidad económica, aunque hay muchas razones que no cabe aquí examinar.

Cuando conocí al señor Hernán Camico, ya fallecido y probablemente el mejor hablante de baniva en los últimos tiempos, esta lengua se encontraba sumida en un deterioro muy profundo. Pero todavía muchos de los adultos maroeños lo utilizaban corrientemente y lo conocía relativamente bien un sector de la juventud. Hoy día la mayoría de los buenos hablantes —sería difícil cuantificarlos para la presente fecha, aunque el Censo Indígena (Oficina Central de Estadística e Informática, 1992) registra 418 conocedores del baniva de un total de 976, es decir, 43% entre hablantes y semihablantes— son ancianos y, sobre todo, ancianas. Aun así, justo es decirlo, hay en las últimas décadas un interés creciente por revitalizarlo y es probable que esto se logre algo tardíamente, dada la factibilidad institucional y financiera de inaugurar a fines del presente año al menos un *nicho lingüístico* baniva en Puerto Ayacucho y paulatinamente otros en Maroa y distintas poblaciones del estado Amazonas.

La figura del *nicho lingüístico* (language nest) es una suerte de micro-institución revitalizadora, ya muy popular en Nueva Zelanda y el país de Gales, entre otros. Se trata, en principio, de hogares ampliados de índole preescolar donde los mejores hablantes —generalmente señoras ancianas— transmiten a los infantes de la comunidad, a menudo familiares suyos, el uso activo y coloquial de la lengua en peligro, con inclusión de contenidos discursivos y culturales concomitantes. Su informalidad y estructura flexible —moldeada sobre la familia tradicional— constituyen sendas garantías de su éxito y difusión creciente. En el caso concreto de Nueva Zelanda, los resultados alcanzados pueden catalogarse de brillantes, por cuanto han logrado situar al idioma maorí —hace poco casi moribundo— en un estatus de lengua co-oficial con el inglés, eficazmente utilizado en muchas situaciones sociolingüísticas. Los mejores nichos lingüísticos son aquellos motorizados por las propias comunidades, y en ningún momento se oponen a otras estrategias didácticas como la enseñanza escolar y académica de las mismas lenguas.

Ahora bien, sin renunciar al supuesto de que se forme y consolide una nueva generación de baniva-hablantes, hay una característica del idioma que difícilmente podrá retomarse: su sistema suprasegmental caracterizado por acentos tonales y la presencia de longitud vocálica. Después de la breve exploración que hicieramos en

fecha reciente entre las familias banivas de Puerto Ayacucho, se corre el albur de que el señor Camico haya sido uno de los últimos “hablantes tonales” de este idioma, puesto que las mujeres de cierta edad que entrevistamos en esa oportunidad sólo presentan vestigios de tonos en el mejor de los casos. Para mayor precisión, ello significa una capacidad limitada de articular las alturas musicales fonológicamente pertinentes, a veces únicamente en un número reducido de palabras; mientras que en el resto del vocabulario tales hablantes solo pronuncian claramente los acentos de intensidad en una frecuencia tonal perfectamente predecible, al igual que en español, inglés o ruso. Para ellos ya no tiene validez el sistema tonal que propondremos en los párrafos siguientes.

Debido a avatares inexplicables, no conservamos grabaciones del habla de Hernán Camico, por lo cual mi único referente se materializa en las notas de campo, mis recuerdos y publicaciones (cf. Mosonyi y Mosonyi, 2000: 184-223). En una conversación reciente que sostuve con el lingüista venezolano José Álvarez, éste me dio testimonio de su experiencia con otra hablante tonal, quien incluso presenta patrones melódicos muy similares si no coincidentes con los de Camico, ahora perpetuados mediante grabaciones de calidad profesional. Sería también prematuro descartar la accesibilidad de otros hablantes con las virtudes y el nivel de competencia de Hernán Camico, quienes servirían de colaboradores para un estudio pormenorizado de fonética instrumental sobre el sistema sonoro del idioma baniva.

Dado que ya hemos descrito la mencionada tonalidad en otros contextos (cf. Mosonyi y Mosonyi, 2000: 188-189), esta vez tenemos que limitarnos a un breve resumen que enfatice solamente sus particularidades más distintivas. Existen tres acentos tonales fundamentales (conocemos por lo menos dos más, de poca ocurrencia), en cierta forma análogos a los que presentan el sueco y el noruego (del grupo germánico-escandinavo), así como distintas variedades del serbio-croata y el esloveno (grupo eslavo meridional). Sin entrar en una larga teorización, ciertamente muy delicada, trataremos de consignar lo más relevante de este tipo de sistemas suprasegmentales. Ello es particularmente importante, pues existen lingüistas que sienten cierta incomodidad —a mi modo de ver poco justificada— en relación con la categoría de *acentos tonales*, por cuanto creen se trataría de un cajón de sastre o de la no asunción plena de los tonos fonémicos como tales. Por el contrario, considero que esta categoría es pertinente y necesaria.

Si preferimos un lenguaje puramente fonológico antes que fonético, pudiéramos hasta decir que en el fondo estamos frente a varios tipos cualitativamente distintos de acentos de intensidad en los idiomas citados y otros suprasegmentalmente análogos. En español, portugués, inglés, alemán, entre otros muchos, solo tenemos acentos de intensidad primarios y secundarios, ninguno de los cuales presenta especificaciones tonales —es decir de altura musical— que sean relevantes para su caracterización fonémica exhaustiva. En cambio, otros idiomas —incluido el baniva— comportan dos o más acentos fonémicos de intensidad, en la medida en que sus particularidades fonéticas son sistemáticamente diferenciables, pudiendo dar lugar a numerosos pares

mínimos y análogos. El sueco, por ejemplo, comporta —según la mayoría de sus gramáticos— dos acentos de intensidad diferentes. El primero se articula mediante el refuerzo y elevación melódica de la sílaba más dinámica, mientras que la sílaba siguiente, no acentuada, se pronuncia mucho más débil y melódicamente más baja: el resto de las sílabas no cuenta para el análisis. Por otra parte, el segundo acento conlleva no tan solo un refuerzo de la intensidad sino también la emisión de un descenso melódico en unos cinco o más semitonos, en tanto que la sílaba siguiente, no acentuada, se pronuncia a una altura musical algo superior a la parte final de la inflexión descrita. Esto genera cierto número de pares mínimos, una cantidad mucho mayor de pares análogos y una infinitud de pares potenciales no utilizados por la economía del idioma.

Este ejemplo nos aclara que el llamado *acento tonal* constituye, ante todo, un acento de intensidad, en el cual los rasgos musicales son apenas marcas diacríticas para distinguirlo de otro u otros acentos de intensidad. La melodía, aun siendo relevante, está totalmente subordinada a la fuerza espiratoria. Vamos a terminar de comprobar este aserto acudiendo al idioma danés, pariente próximo del sueco. Esta lengua comporta también dos tipos de acentos de intensidad, pero la diferencia no radica en sus respectivas líneas melódicas, sino en el hecho de que el primer acento termina en saltillo u oclusión glotal, mientras que el segundo —fonémicamente diferente— no lleva esa *coda* glotalizada.

Considero que valió la pena hacer esta digresión teórica para comprender cabalmente a qué nos queremos referir al tratar de describir los *acentos tonales* del idioma baniva. Tal como empezamos a desglosar más arriba, hay en esta lengua al menos tres acentos de intensidad que difieren fonéticamente entre sí por sus peculiares características musicales, de una forma muy análoga al ejemplo del sueco e incluso del danés. Es conveniente agregar de inmediato que muchos lexemas baniva contienen dos y a veces tres acentos tonales —en secuencia continua o discontinua—, si bien para efectos del presente artículo nos limitaremos mayormente a palabras que exhiban uno solo de estos acentos.

El agudo (´) indica que la sílaba acentuada se pronuncia en un nivel alto y con bastante fuerza espiratoria, al tiempo que las inacentuadas que siguen, siempre débiles, mantienen exactamente el mismo nivel musical, e.g.: *né:yawa* (mujer), *yáatsina* (arena), *yáatsipe* (tierra). Las sílabas inacentuadas anteriores, si las hubiere, serían extramétricas, vale decir, inexistentes para este patrón, y para cualquiera de los patrones que se explicarán a continuación.

Con el acento grave (˘) la sílaba acentuada se pronuncia fuerte y en un nivel bajo, en tanto que las inacentuadas subsiguientes mantienen la misma altura o incluso descienden, e.g.: *wabù:pi* (caño), *numà* (yo digo o hago), *kerumài* (es o está dulce). Las sílabas inacentuadas anteriores al acento grave son débiles y de altura musical media; aunque ya se señaló su naturaleza extramétrica.

El tercer acento, llamado circunflejo (^), indica que la sílaba acentuada, siempre intensa, es alta y las inacentuadas, débiles, se desplazan al nivel medio o incluso bajo,

e.g.: *é:nami* (hombre), *abída* (báquiro), *marîri* (chamán). Para mayor transparencia fonética reiteramos que tanto las sílabas anteriores como las posteriores a la acentuada se pronuncian al menos cinco semitonos más bajos. Queremos precisar, de paso, que las consonantes “b”, “d” y “g” se pronuncian en baniva tensas, totalmente oclusivas y hasta alargadas.

Es importantísimo señalar que el acento tonal desempeña papeles morfofonológicos muy precisos y perfectamente estructurados, como el marcaje de la tercera persona singular masculina, tanto en la morfología nominal como verbal, e.g.: *nunûma* (mi boca), *núma* (su boca); *nuyà:tsipere* (mi tierra), *yá:tsipere* (su tierra); *numl:watà* (yo juego), *mí:watà* (él juega); *nutámà* (yo bailo), *támá* (él baila); *nú:runià* (yo espero), *ú:runià* (él espera). Sin entrar en detalles, en estos ejemplos la tercera persona singular masculina presenta siempre un patrón de mayor altura musical que la primera del singular y todas las demás personas en general. Recuérdese que el baniva permite la ocurrencia de dos o más acentos tonales en una misma palabra.

En algunos casos la altura tonal constituye la única marca diferencial de persona: *ú:nitá* (él nada), *ú:nità* (nosotros nadamos); al igual que en el ejemplo señalado más arriba, *ú:runià* (él espera), *ú:runià* (nosotros esperamos): se trata de verdaderos pares mínimos. Hay razones para suponer que en esta función la altura musical reemplaza una antigua vocal “i”, es decir, *\*iu:nita* (él nada), *\*iu:runia* (él espera), como ocurre en otras lenguas arawak, entre ellas el warekena de Guzmán Blanco y el piapoko. Tal hipótesis es razonable, dada la alta frecuencia acústica de la vocal “i”, la cual —mediante un proceso de cambio fonético— pudo haber desaparecido para ser compensada por una mayor altura musical en la configuración fónica adyacente. Inclusive, en algunas palabras del propio baniva, como en *nú:tawapà* (yo camino), *í:tawapà* (él camina), persiste la vocal “i” también en el plano sincrónico, con la interesante concomitancia de que al menos en estos casos la tercera persona del masculino singular no es musicalmente más alta que las demás personas. Nos parece que este hecho tiende a corroborar nuestro planteamiento en forma bastante significativa.

Existen varios otros usos claramente establecidos del acento tonal como indicador —o más bien coindicador— de algunas categorías, por ejemplo el relativo: *nutérukà* (yo corto), *terúkali* (el que corta); *nupú:lùtà* (yo pienso), *puliù:tali* (el que piensa). Aclaremos de paso que en baniva la “l” es una ele-ere lateral vibrante, fonética y fonémicamente diferente de la “r” vibrante simple. Es también muy llamativo el contraste entre lo que nosotros denominamos verbos *fuertes*, es decir, los que conservan sus acentos tonales, y los verbos *débiles*, que los modifican notablemente (Mosonyi y Mosonyi, 2000: 199). Por ejemplo, la forma perfectiva del verbo *nuwè* (yo dejo) es *nuwèmià* (ya dejé), que conserva inalterado el acento grave en la sílaba *-wè*; en cambio el perfectivo de *nubè* (yo puedo) se forma cambiando el acento grave de *-bè* por uno agudo, y la palabra se cierra con el mismo morfo *-mià* del ejemplo anterior: *nubémià* (ya pude).

Aunque los ejemplos señalados corroboran el rol que juega el acento tonal en la estrategia morfológica del baniva, existen patrones mucho más complejos, igualmente consistentes, de esta índole; sospechamos que ya ni siquiera el habla de Hernán Camico reflejaba todas las oposiciones melódicas que estarían presentes en el baniva cuando éste se hallaba en pleno florecimiento.

Otro rasgo fonológico, igualmente pertinente, que parece haberse perdido para siempre, es la longitud vocálica. Ya el señor Camico vacilaba algunas veces y su distinción fonética no revelaba propiamente vocales cortas acentuadas y largas acentuadas sino que establecía la oposición entre acentuadas largas y semi-largas, mientras que las no acentuadas siempre las articulaba cortas. Hacía muy pocos pares mínimos, siendo uno de los más conspicuos el que establecía bajo el contraste, claramente presente y consciente para el hablante Camico, entre *é:li* (tabaco) y *êli* (tábano); el número de pares cuasi-mínimos es por supuesto mucho mayor. Ejemplos: *yá:pa* (cerro) y *yâpa* (lapa); *á:sri* (yuca) y *ásri* (fuego); *amùsr:i* (cadáver) y *amùsri* (sol). Observamos de paso que la grafía “sr” se pronuncia como una “s” retrofleja modificada por una brevísima vibración linguo-alveolar sorda. Las hablantes, de cierta edad, con quienes tuve contacto recientemente ya no hacen esta distinción relativa a la longitud vocálica, aun cuando hablen su lengua con mucha fluidez. Sin embargo, al llamarles la atención expresamente sobre dicha oposición ellas la recuerdan en el habla de generaciones anteriores, al igual que los contrastes tonales.

En consecuencia, lo que subsiste invariablemente del sistema suprasegmental baniva es la clara presencia de uno o más acentos de intensidad por palabra, vale decir acento sin características melódicas relevantes, en forma similar al español, portugués o inglés. El idioma yavitero, descrito por Jorge Mosonyi (1987), es el más semejante al baniva; curiosamente tal vez, éste también presenta un acento fonémico de intensidad, incluso uno solo por palabra, en labios de la señora Águeda Largo, colaboradora de dicho estudio y en ese momento la única hablante conocida de la lengua. Con todo, es probable que anteriormente el yavitero poseyera acentos tonales distintivos como el baniva.

Para completar el panorama referente al colapsado sistema suprasegmental de este idioma, queremos añadir que en dos ocasiones logramos reunir grupos de baniva-hablantes, en Maroa (Venezuela) y Puerto Inírida (Colombia) respectivamente, cuyos miembros reconocían, asumían y corroboraban —aunque fuese por anuencia pasiva— los acentos, tonos y longitudes vocálicas realizados en la muy clara y firme articulación de Hernán Camico, quien para ello utilizó largas listas de palabras pertenecientes a diferentes categorías gramaticales. Todo confluye para atestiguar que el sistema suprasegmental de esta lengua sobrevive mucho más en la competencia pasiva que en la activa de sus hablantes y aun de sus semi-hablantes.

Hemos revisado con admiración e interés el largo trabajo de Alexandra Aikhenvald (1998) sobre el *warekena* del Xié, prácticamente idéntico al baniva de Maroa, porque sus hablantes descienden de migrantes venezolanos llegados al Brasil a principios del siglo XX; pero nos resulta imposible establecer comparaciones entre

las dos variedades en lo atañente a las características suprasegmentales. Aikhenvald no marca en sus textos ninguno de los tres componentes del sistema: acento, tono y longitud vocálica.

Presumimos la inexistencia o quizá la muy escasa perceptibilidad de los dos últimos factores, ya que para la presente fecha ni siquiera en Maroa están vigentes el tono y la longitud vocálica. Mas tenemos la impresión de que el acento de intensidad, sin las marcas tonales, tiene mucha más importancia de la que le asigna la mencionada autora. Ella, en efecto, trata el punto, pero en términos muy generales, más bien accesorios; y como señalamos arriba, en su larga colección de textos no marca ni un sólo acento. Ignoramos si posteriormente la autora ha publicado algún material de la misma lengua donde se evidencie un tratamiento más profundo de la fonología suprasegmental. Todo esto nos lleva a una reflexión que consideramos pertinente para la lingüística amerindia en general y las lenguas arawak en particular.

Vemos con verdadera preocupación que durante estos últimos años, como ocurría a principios del siglo XX, la mayoría de los lingüistas —inclusive los más capaces y productivos— prestan cada vez menos atención a los sistemas fonológicos de las lenguas amerindias; a tal punto que realizan sus análisis gramaticales y semánticos, además de reunir textos a veces muy extensos, sin tomar en consideración, por ejemplo, los rasgos suprasegmentales, aun cuando tengan pertinencia fonológica. A veces la transcripción se ve sustituida por una mera aproximación, que utiliza signos alfabéticos de un idioma particular como el español o el inglés, tal como ocurría con los viajeros y cronistas en tiempos de Humboldt o antes. Pareciera haber cierto apresuramiento en recoger la mayor cantidad posible de material léxico y morfosintáctico, sobre todo al estar en presencia de lenguas seriamente amenazadas o al borde de la extinción. Tal vez se piense que sacrificando en cierto modo la fonología puedan documentarse otros aspectos de las lenguas señaladas, no sé si más relevantes para determinados tipos de estudios. Pensamos que tal forma de proceder es errónea, a más de manifiestamente superespecializada, y debe corregirse desde ahora y para el futuro, por múltiples razones.

Hoy más que nunca, habida cuenta del valor intrínseco y patrimonial de las lenguas e incluso del deseo de conservarlas y recuperarlas, compartido por propios y extraños, estos sistemas lingüísticos minorizados deberían transcribirse y representarse con la mayor fidelidad posible. No nos resulta satisfactorio un análisis morfosintáctico, por más que parezca exacto, detallado y profundo, si éste se lleva a cabo sobre una base fonológica un tanto endeble y hasta insuficiente. Los idiomas adquieren su densidad y prestancia por la interacción de sus distintos niveles sistémicos, sin lo cual su configuración se desdibuja y pierde nitidez. Además, la fonología y la morfofonología suelen influir en la morfosintaxis de manera decisiva, como lo tratamos de comprobar más arriba con la descripción de algunos roles atribuibles a los acentos tonales del baniva. No existe ninguna razón para preferir los indicadores morfosintácticos a los morfofonológicos. Esto es válido tanto para la lingüística sincrónica como para la diacrónica, ya que la recuperación de las formas



históricamente anteriores pasa por la reconstrucción de los cambios fonológicos segmentales y suprasegmentales.

No querría ser demasiado severo en mis críticas y apreciaciones, por cuanto me consta que han aparecido y siguen saliendo muchas publicaciones caracterizadas por excelentes transcripciones y un esmerado tratamiento de los niveles fonológico y morfológico. Por otra parte, es innegable y hasta obvio que un alto porcentaje de los trabajos descriptivos de lenguas amerindias fallan no solamente en lo fonológico sino que son deficitarios —igualmente o tal vez en mayor medida— en lo morfosintáctico, lexicosemántico y pragmático-discursivo. No obstante, en este artículo me siento en la obligación de conferirle un énfasis especial a la transcripción y al análisis fonológico en general. Considero que hay buenas razones para permitirme un sesgo de tal índole.

Observemos tan solo lo siguiente. Cuando manipulamos un texto bien transcrito, como consecuencia de un estudio fonológico adecuado, invariablemente nos servirá de mucho, ya sea como insumo para otro tipo de investigaciones o para fines educativos o de lectura destinada a los hablantes nativos. En tal caso, ni siquiera parece demasiado grave si ese texto está deficientemente traducido o si el análisis gramatical es erróneo o simplemente inexistente. En cierta manera, todo esto se puede suplir en la medida en que nuevos investigadores contacten hablantes nativos dispuestos a colaborar y a perfeccionar esfuerzos anteriores. Sin embargo, ante la evidencia de un texto mal transcrito, la utilización ulterior de dicho material resultará siempre riesgoso, extremadamente complicado, a veces imposible como a menudo nos ha sucedido. Posiblemente estemos en presencia de esfuerzos irrecuperablemente perdidos. Por lo cual nuestro argumento no estriba en la mayor o menor importancia intrínseca de uno u otro subsistema lingüístico —discusión que nos parece además subjetiva e irrelevante— sino en cierta precedencia lógica que a nuestro modo de ver le corresponde al conjunto sonoro del idioma, al análisis fonológico en sus vertientes segmentales y suprasegmentales, antes de emprender el estudio pormenorizado de los demás niveles igualmente importantes y sustantivos.

Los movimientos indígenas claman por estudios lingüísticos que les permitan la codificación y transmisión exacta de sus idiomas, sobre todo si se trata de revertir un proceso de erosión aún detenible. Y la docencia de cualquier lengua comienza por su recta escritura y pronunciación. Si la representación del habla ocurre mediante fórmulas cuasi-telegráficas, vale decir, grafías que sólo parcialmente reflejan la articulación sistémica, simplemente se paraliza la gestión educativa, con las gravísimas consecuencias que es innecesario detallar. Respetamos todas las prioridades investigativas, pero a estas alturas de la lucha por la sociodiversidad —y por la revitalización de las lenguas en particular— son las aspiraciones y metas de los pueblos en recuperación las que revisten mayor relevancia histórica.

*Referencias Bibliográficas*

Aikhenvald, A.

1998 'Warekena', en: D. Derbyshire y G. Pullum (eds.), *Handbook of Amazonian Languages*, Volumen IV, Berlin: Mouton de Gruyter, pp. 225-433.

Dorian, N.

1981 *Language death*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Gómez-Imbert, E.

1996 'When animals become 'rounded' and 'feminine': conceptual categories and linguistic classification in a multilingual setting', en: J. Gumperz y S. Levinson (eds.), *Rethinking linguistic relativity*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 438-469.

González Nãñez, O.

1997 *Gramática de la lengua warekena (maipure-arawak): una aproximación tipológica-relacional*, Tesis Doctoral, Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.

Humboldt, A.

1950[1799] *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*, Caracas: Dirección de Cultura y Bellas Artes, Ediciones del Ministerio de Educación.

Mosonyi, E.

1968a 'Elementos de lingüística arahuaca', en: *Economía y ciencias sociales*, Año X, N° 3, Caracas: Universidad Central de Venezuela, pp. 77-85.

Mosonyi, E.

1968b 'Introducción al análisis intraestructural del idioma baniva', en: *Economía y ciencias sociales*, Año X, N° 3, Caracas: Universidad Central de Venezuela, pp. 65-75.

Mosonyi, J.

1987 *El idioma yavitero: ensayo de gramática y diccionario*, Tesis Doctoral, Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.

Mosonyi, E. y J. Mosonyi

2000 *Manual de lenguas indígenas de Venezuela*, II Tomos, Caracas: Fundación Bigott.

Oficina Central de Estadística e Informática

1992 *Censo indígena de Venezuela 1992*, Tomo I, Caracas: Presidencia de la República.